

Líneas fundamentales de una antropología sexual*

Quisiera presentar en este trabajo unas líneas o puntos fundamentales de antropología sexual que nos permitiesen profundizar el sentido de la sexualidad humana¹.

El estudio tiene un esquema muy sencillo: después de una breve introducción, que busca situar la sexualidad del hombre en un ámbito más universal, analizo el problema de la antropología sexual en dos partes: en la primera busco las líneas fundamentales de una antropología para poder aplicarlas después, en la segunda parte, al campo de la antropología sexual.

INTRODUCCION

EL AMOR UNIVERSAL

Me parece muy importante situar, desde el comienzo, el problema de la sexualidad humana en un marco más amplio, más universal, que evite o, al menos, pueda corregir la posible des-

* Como bibliografía complementaria, que ha servido de base a este trabajo, citaré:

ABEL JEANNIÈRE, *Antropología sexual*, Estela, Barcelona 1967².

PAUL-EUGÈNE CHARBONNEAU, *Amor y libertad*, Herder, Barcelona 1970.

HANS URS VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 1971.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, *L'energie humaine*, Seuil, Paris 1962.

FRIEDRICH VON GAGERN, *Partenaires pour la vie*, Casterman, Tournai 1967 (trad. del alemán).

KLAUS FRANKE, *Spielregeln für Liebende*, Kreuz Verlag, Stuttgart 1968.

A. D'HEILLY, *Amour et sacrement*, Du Cerf, Paris 1970.

MARCIANO VIDAL, *Moral del amor y de la sexualidad*, Sígueme, Salamanca 1971.

¹ Este trabajo fue presentado como ponencia en la reunión del Centro de Estudios Francisc Eiximenis, de Barcelona, celebrada en Montserrat el 28 de mayo de 1972.

viación de la problemática a una visión meramente individualista del hombre.

El hombre individuo, como veremos, no puede entenderse sin una relación intrínseca con los demás hombres, ya que no puede realizarse sin ellos: los necesita en todos los aspectos, ya desde el primer momento de su vida. Esto nos da una primera superación del individualismo. Pero, además, el hombre concreto y una generación concreta tienen una historia, es decir, tienen otras generaciones de hombres que les han precedido y les han marcado un camino en la vida, del mismo modo que nosotros actualmente marcamos un camino a la vida de la generación que nos seguirá. Más aún, la misma humanidad ha sido precedida de una larga evolución de otros seres y de la materia.

Si estudiamos esta evolución total del universo y del Fenómeno humano, siguiendo la intuición genial de Teilhard de Chardin, encontraremos un proceso que sigue unas líneas constantes.

Desde la materia inorgánica al vegetal y desde la vida vegetal a la sensitiva, podemos constatar una escala ascendente que culmina en el hombre: una escala en la constitución cada vez más compleja de los seres, especialmente en el sistema nervioso y en el cerebro, y, como consecuencia, la presencia de una conciencia e interioridad de vida cada vez mayor, hasta que se llega en el hombre a la capacidad de autorreflexión y autodecisión.

Por otra parte, y de la misma manera, existe un proceso que presenta una escala de crecimiento continuo en la liberación del ser concreto respecto a su ambiente exterior y respecto a sus mismos determinismos interiores; proceso que podemos observar desde el vegetal fijado en la tierra que lo alimenta hasta las especies de monos más desarrollados, pasando por toda la serie animal. También aquí el proceso culmina en el hombre y en su capacidad de autodeterminarse en la libertad.

La aceptación de este proceso se nos impone con mayor claridad si consideramos que existe en el universo una fuerza de unión y afinidad del ser por el ser que se realiza también en escala ascendente desde la atracción de los polos eléctricos y de la gravedad hasta el amor interpersonal de dos seres humanos. Una fuerza que conduce el proceso de unificación interior de los seres hasta la conciencia, la libertad y el amor humanos. "La puissance spirituelle de la matière", en frase de Teilhard, es para el creyente la fuerza que el Creador pone en la misma materia desde sus comienzos.

Así el proceso universal de hominización es, en su profundidad, un proceso de amorización, una convergencia universal hacia el amor: “El amor —escribe muy acertadamente Teilhard— es la forma de pasión más fundamental que precipita uno hacia otro, bajo la presión de un Universo que incluye todos los elementos en el todo. Así que el amor universal no es solamente algo psicológicamente posible, sino, además, la única forma completa y última como podemos amar”².

Soy consciente de que, para los indeterministas absolutos, entre los que hay que añadir hoy a Monod, esta concepción unificada y ascendente de los seres no es aceptable, a no ser como fruto de un azar inicial. Sin embargo, creo que nuestra visión finalista de la creación resulta más válida porque explica con mayor profundidad la unidad interior del universo, gracias a la fuerza interior que lo dirige.

Situados en esta perspectiva finalista, podemos entender con mayor coherencia, también, el proceso de formación de la persona humana concreta: proceso que va desde la inconsciencia del niño recién nacido hasta la conciencia y libertad del adulto. En cada hombre se da, o mejor dicho, se ha de dar, si el hombre quiere realizarse como adulto, un proceso de hominización y amorización que le conduce hacia la verdadera libertad interior.

En este marco es donde se sitúa nuestro estudio sobre la antropología sexual.

PRIMERA PARTE

LÍNEAS FUNDAMENTALES DE UNA ANTROPOLOGÍA

La sexualidad es una forma esencial de ser la persona humana. Forma que afecta esencialmente la actividad de cada persona en su relación con las demás. Por eso es necesario que, antes de estudiar su sentido específico, analicemos los componentes fundamentales de la persona como actividad y relación con los demás.

§ 1. *La persona humana*

Mounier señala unos elementos fundamentales para definir la persona. La persona es, dirá, “un ser espiritual independiente de

² TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Le Phénomène humain*, Oeuvres, T. I, p. 297.

los demás, que subsiste en sí mismo viviendo una serie de valores aceptados libremente, en un compromiso responsable y en una constante conversión. Así la persona unifica su actividad en la libertad y desarrolla su vocación en actos creadores”³.

Esta definición subraya insistentemente el valor del Yo independiente, subsistente en sí mismo y que se realiza por la libre adhesión a unos valores, con el consiguiente compromiso hacia ellos. Intentemos descubrir aquí también los elementos de nuestra propia experiencia: reconocimiento, aceptación y compromiso por unos valores —cosas o personas concretas— que son capaces de realizar nuestra personal vocación. La relación Yo-valores implica inmediatamente actividad de realización, pero antes de analizarla hemos de insistir en otro elemento esencial en el hacerse de la persona: la relación con el otro. La persona no puede entenderse más que como relación con un tú y un vosotros.

Así, desde que el niño recién nacido abandona la seguridad del seno materno, donde su madre le ha protegido durante nueve meses, comienza un proceso de independencia del nuevo hombre, su evolución y maduración para llegar a la progresiva formación de su personalidad. Toda esta evolución sólo será positiva —y así lo confirma la psicología moderna cada vez mejor— si existe una relación constructiva y favorable del niño con las personas que le rodean, los primeros, su madre y su padre; les será deudor de todo lo que inicia su vida, tanto lo positivo como lo negativo. Incluso el mismo proceso citado de independencia evoluciona bajo la dependencia de afecto y seguridad que dan los padres. La persona no es un ser absoluto que pueda encontrar en sí misma y por sí misma la plena realización de sus posibilidades, sino, por el contrario, un ser absolutamente dependiente de los demás desde el primer instante de su concepción.

Sin embargo, a medida que avanza la formación del yo independiente, se inicia paralelamente otro nivel de relación interpersonal que busca superar el aislamiento del individuo, nivel de relación más profundo que el de la interdependencia respecto a muchísimas necesidades concretas de la vida: educación, cultura, religión, comunidad, arte, habitación, alimento, vestido, etc.

Sería entender mal la filosofía personalista si la creyéramos individualista: la persona no se forma ni puede vivir si no es en

³ MOUNIER, EMMANUEL, *Manifiesto al servicio del personalismo*, Madrid 1965, p. 71-72.

relación con el tú y el vosotros, que hace reconocer el complejo "nosotros" de la comunidad.

Según todo lo dicho, es evidente que nuestra concepción de la persona no puede ser estática, sino debe ser plenamente dinámica, tal como es nuestra experiencia cotidiana en la asimilación y realización de los valores que son nuestra vida. Y es también experiencia nuestra que estos valores no llenan nunca definitivamente las posibilidades de la persona concreta que siempre queda abierta a un MAS. El hombre no solamente tiene un dinamismo, sino que ES un dinamismo de realización constante de sus posibilidades.

§ 2. *Realización de la persona humana*

Esta búsqueda constante para realizar la propia vocación se cumple en cada acto de la persona, sea acto interior o exterior. Cada acto es encarnación del propio dinamismo interior: es su signo, su realización concreta y la raíz de donde nacerán nuevos actos. Con todo, cada acto no hace avanzar del mismo modo la realización de la persona: depende de la seriedad, de la gravedad, con que ella se comprometa en el actuar concreto. Si la decisión en un acto compromete seriamente el futuro de la persona y ésta la toma con conciencia y voluntad lúcidas, el acto que de ahí resulta es profundo, grave; mientras que una decisión superficial, sin compromiso serio, aportará solamente una leve modificación a nuestra vida.

A pesar de que los actos de una persona tienen su raíz en la decisión libre de la conciencia, no podemos dejar de subrayar la importancia que tiene para el hombre su manifestación exterior, corporal, ya que la persona vive en cuerpo, in-corporada. La corporalidad fija de forma especial, mediante la imaginación, memoria y sensibilidad, todo lo que se expresa en el cuerpo y con el cuerpo. Más aún, toda expresión corporal se hace lenguaje y comunicación de la persona a los demás.

Pero, más que los actos concretos sueltos, importa, para la realización de la persona, la línea de conducta que se crea mediante la repetición de actos con una misma finalidad y motivación. La repetición de actos en una misma línea de conducta deja una señal en nuestra imaginación y memoria, que es, a su vez, disposición y facilidad para una conducta futura semejante:

los actos crean *actitudes* cuya profundidad depende más de la calidad de tales actos que de su número.

Todo este proceso de formación de la persona, mediante la creación de actitudes, tiene una íntima relación con la aceptación y formación de una escala de valores personales que cada uno quiere realizar en su vida. Pero, a su vez, la formación de tal jerarquía de valores depende de la educación recibida en la familia, en la escuela, y hoy día, además, a través de los medios de comunicación social. Todo lo cual nos obliga a una constante revisión de nuestras actitudes y de los valores que las sostienen para poder controlar en ellos nuestro propio ser y nuestro futuro.

Pero si examinamos los valores que motivan nuestra acción, veremos que en su escala existe siempre —consciente o inconsciente— un valor fundamental, que decide de toda la vida. La aceptación de este valor y su consiguiente realización constante constituye la *opción fundamental* que da sentido a nuestra vida. Esta opción fundamental puede tener como objeto un valor intramundano o un valor religioso trascendente, Dios, el Señor. Ambas opciones se implican mutuamente, aunque no siempre tal implicación sea consciente. Así, la opción por el amor a los hombres, por la justicia y solidaridad humanas incluye implícitamente una opción por el Bien —que es Dios— e, igualmente, la opción por el Dios vivo incluye la lucha por el amor a los hombres, por la justicia y la solidaridad.

La opción fundamental no se identifica con un acto concreto de nuestra vida ni es una decisión invulnerable o irreversible, es el sentido último “optado” por cada uno para dar dirección a todo lo que hacemos y a todo lo que somos. Es la verdadera profundidad de la persona y lo que, en definitiva, la construye. Es el saber a dónde voy y comprometerme en este camino a fondo y con plena libertad.

§ 3. *El amor, energía fundamental de la persona*

Avancemos ahora para descubrir cuál es la fuerza fundamental que dirige toda esta actividad de la persona.

El hombre, como hemos señalado, es acción constante de autoconstrucción, dirigida por la tendencia interior a realizar unos valores para sí mismo, para los demás y para el mundo. Esta tendencia hacia lo que es bueno, hacia lo que es valor; esta realidad interior del hombre que le empuja a salir de sí mismo

para ser sí mismo, es el *amor*. Realidad sencilla y compleja al mismo tiempo, que vamos a analizar más a fondo.

La plenitud del acto de amar se da cuando existe reciprocidad, cuando el que ama es, a su vez, amado. Esto solamente puede darse entre personas. Por eso, en adelante, hablaré únicamente de este amor, ya que estamos profundizando lo que es el dinamismo de la persona.

Por otra parte, hemos de señalar desde el comienzo que amor es una realidad más compleja que la sola tendencia hacia el valor. Amar comporta también vibración interior, *sentimiento*, en relación con el otro o los otros. Es este aspecto "pasivo" del amor el que le da, precisamente, una mayor interioridad, aunque, en realidad, la persona que ama es sólo una unidad activo-pasiva desde el primer encuentro con el otro hasta el momento del compromiso definitivo con él.

Hagamos una descripción fenomenológica del proceso del amor.

El amor comienza con el encuentro de las personas. Encuentro que supone un nivel de relación personal mucho más profundo que la parada incidental del saludo cotidiano. El encuentro de dos, como personas, es un empezar el camino del conocimiento y diálogo mutuos, que crean una mutua atracción espontánea y, muchas veces, inexplicable, porque se realiza por afinidades poco conscientes en cada uno.

Superado el primer paso del encuentro, comienza la evolución de la relación interpersonal que determina la maduración progresiva del amor, en sus diferentes niveles según sean la edad, sexo, condiciones de los que se han "encontrado". En su dinamismo este primer atractivo hacia otro u otros se hace tendencia más profunda y deseo de su presencia y comunicación. Pero —y ésta es una etapa decisiva en la maduración de la persona— el amor no puede quedar fijado en un deseo del otro como medio para mi propio desarrollo o como instrumento de mis intereses. Esto sería una etapa de amor infantil, amor meramente posesivo, que, como tal, no merece el nombre verdadero de amor. Fromm señala que esta tendencia, así fijada, tiene sólo dos caminos de salida: o bien convertir al amigo en una parte de mí mismo, haciéndole servir a mis propios intereses, lo que sería sadismo, o bien convertirse el amante mismo en una parte del amigo, buscando ser dirigido en todo por él, lo que sería masoquismo⁴. Pero el amor no puede quedar fijado en una etapa. El amor es un dinamismo —es la vida— que debe crecer siempre, que ha de

evolucionar y madurar en la línea de la relación interpersonal, propia de personas independientes que, a la vez, viven en mutua dependencia de comunión complementaria y enriquecedora.

El amor implica respeto al otro con la aceptación de su propia personalidad; amor significa dar al amigo la libertad de ser él mismo, defenderle esta libertad; pero, al mismo tiempo, quiere decir deseo y compromiso de unidad y comunión interior. Amar es, en el fondo, comprometerse en la realización de la persona amada, defendiendo su personalidad y, a la vez, enriqueciéndola con la propia aportación: son dos, pero quieren ser uno.

El amor es, por lo tanto, activo, creativo para el otro. Es expresión de potencia y riqueza, no de empobrecimiento. Dar y darme a los demás es experimentar mi capacidad, mis posibilidades, que pongo al servicio de las personas que amo. El deseo de amar es el que hace encontrar y educar en mí todas mis capacidades para poderlas ofrecer. Y es precisamente esta actitud desinteresada del amor la que provoca la respuesta de quien se siente amado; se suscita la reciprocidad más profunda: "si como personas que amáis —escribe muy acertadamente Fromm— no os convertís en personas amadas, es que vuestro amor es impotente"⁵.

Nos encontramos, pues, ante un proceso de evolución que nos hace pasar del amor-posesivo, que quiere instrumentalizar al otro, al amor-donación, que quiere entregarse al otro para hacerlo crecer en su propia personalidad. Sin embargo, la realidad concreta de la persona humana no permite una separación tan sencilla como la que estamos haciendo en este análisis. La realidad es que cuando nosotros damos en una relación interpersonal madura y recíproca, siempre recibimos algo —o mucho— de esta reciprocidad. Un ejemplo concreto lo encontramos en la misma relación sexual genital del matrimonio: los dos esposos, a la vez que se entregan, se reciben mutuamente.

La madurez del amor-donación no consiste, según esto, en la renuncia a recibir —ya que esto va inherente a nuestra naturaleza esencialmente deficitaria y necesitada—, sino que solamente nos exige dirigir la primariedad de nuestra intención y voluntad hacia lo que conduce a la realización del otro; es decir, nos pide dar la prioridad al otro, al dar y no al recibir nosotros mismos. Contradecir esta tendencia del amor abierto al

⁴ FROMM, ERICH, *L'art d'estimar*, Barcelona 1968³, p. 27-28.

⁵ *Ib.*, p. 34.

otro, del amor-donación, es quedarse encerrado en sí mismo, es la introversión empobrecedora, es la negación profunda del yo.

En consecuencia, la opción fundamental de nuestra vida humana ha de ir hacia el amor en su sentido más profundo de donación. Opción, por otra parte, progresiva, constante, que sólo alcanza su límite definitivo en el momento de la donación total del yo, en la muerte.

Todo lo que llevamos dicho puede aplicarse a cualquier tipo de relación de amor entre personas: relación padres-hijos, hermanos, amigos, novios, esposos. Pero cuando este amor se da en la polaridad hombre-mujer, con posibilidades de llegar a una donación total en la convivencia y en la relación sexual-genital, entonces entran en consideración nuevos elementos que enriquecen esta relación y la profundizan. Su análisis va a ocupar la segunda parte de este trabajo.

SEGUNDA PARTE

LÍNEAS FUNDAMENTALES DE UNA ANTROPOLOGÍA SEXUAL

§ 1. *Niveles biológicos de la sexualidad*

La Biología y la Psicobiología confirman hoy la diferenciación sexual hombre-mujer frente a algunas corrientes que la quisieran hacer totalmente fruto de la cultura. Con todo, sin aceptar la postura extrema de Simone de Beauvoir o de algunos marxistas, no cabe duda que el influjo de la cultura, a través de la familia y los educadores, es muy importante para determinar el modo como cada uno acepta y vive su propia sexualidad.

Los datos biológicos son claros y decisivos: una capacidad física fecundante en el varón y una capacidad complementaria, también física, de recepción y procreación en la mujer; fijadas ambas en unos órganos genitales concretos y en un sistema hormonal que marca la persona desde la infancia y, especialmente, desde la pubertad, cuando el adolescente empieza a tomar conciencia de su sexualidad. Todo esto son datos objetivos de diferenciación.

Sin embargo, las mismas ciencias biológicas nos enseñan a matizar las diferenciaciones objetivas entre los sexos. Si consideramos los tres niveles diferentes de sexualidad fundamental: genético, hormonal y gonádico, veremos que la diferenciación se-

xual no es rígida ni definitiva. La investigación moderna está empezando a avanzar en el campo de la modificación de la diferencia entre los sexos, en los tres niveles citados. Y aunque en el nivel genético la posibilidad de modificación en los cromosomas se encuentre todavía en una fase de experimentación, en cambio las modificaciones conseguidas en los sistemas hormonal o gonádico —glandular— son ya avances adquiridos que llegan, con la ayuda de intervención quirúrgica, hasta el cambio de sexo. Estas posibilidades, unidas al hecho de que en cada individuo humano la división hormonal no es matemática, sino que se dan en cada uno hormonas de ambos sexos —aunque, evidentemente, en proporción desigual según el sexo definitivo de cada individuo—, nos hacen considerar con más equilibrio la diferenciación entre los sexos, menos como algo absoluto e irrevocable y más como algo concreto y existencial de cada persona.

§ 2. *Integración de la sexualidad*

La sexualidad la vive cada uno en la singularidad de la propia persona, con todos sus condicionamientos físico-corporales y cultural-educacionales. Propiamente, la persona humana, más que “tener” una sexualidad, “es” sexual, pertenece a un determinado sexo y en unas determinadas condiciones.

La sexualidad es, por lo tanto, un aspecto de nuestra realidad existencial, una fuerza y unas posibilidades en orden a nuestra realización personal, una forma de realizar nuestra propia vida y vocación. Así, pues, una tarea esencial en nuestra vida es la integración de la sexualidad, es decir, la unificación viva de este aspecto positivo de nuestro ser con todos los demás que nos han sido dados como potencias, como posibilidades para llegar a la madurez de varón o mujer concretos.

La integración de la sexualidad en la persona busca unificar los aspectos principales en que puede moverse la relación interpersonal de dos personas de diferente sexo: amor espiritual y libre —agape—, amor corporal —eros— en sus dos niveles de sensibilidad y genitalidad. El nivel corporal, como dijimos en el párrafo 2.º de la 1.ª parte, es signo y realización del nivel espiritual e interior que lo mueve, y constituye su lenguaje más expresivo. La integración de estos tres aspectos (agape, sensibilidad, genitalidad) quiere decir lograr una sinceridad de vida, un lenguaje verdad, donde la palabra corporal responde a lo que vive

el corazón, el hombre íntimo. El hombre se realiza por su acción, nacida de su decisión libre e iluminada. Separar la función sexual-genital de la unidad total de la persona es deshumanizarla —desintegrarla—, dejándola en un peldaño inferior de la personalidad, donde la persona como espíritu no estuviera comprometida; esto sería aceptar sólo una parte de la propia persona, y precisamente la menos “personal”.

§ 3. *La sexualidad, relación de personas en el amor*

En la formación de la persona en su totalidad, ¿cuál es el papel de la sexualidad en sus tres niveles? La sexualidad concreta expresa siempre una polaridad, una complementariedad, una relación de diversidad entre las personas que se encuentran y se aman; tiene, pues, una capacidad esencial de unión, precisamente en razón de su polaridad. Evidentemente, no siempre podrán realizarse los tres niveles relacionales —espiritual, sensible y genital—; con todo, siempre existirá la capacidad de crear relación en alguno de ellos, cuando se dan las circunstancias oportunas.

Profundizando el sentido de la relación sexual a nivel genital, hemos de decir que la unión corporal se hace símbolo y realización del deseo de comunión de las dos personas que se aman y que quieren entregar su vida a través de la entrega corporal. El momento del orgasmo expresa el placer máximo del momento supremo de unidad de los corazones, a través de los cuerpos. Es aquí donde la sexualidad humana se distingue de la sexualidad animal, cuando de la unión de los cuerpos resulta la unión más profunda de las dos personas.

Este sentido totalitario y totalizante de la donación sexual-genital es el que exige que tal donación —para que entre dentro de la dinámica de la construcción positiva de las dos personas— se realiza solamente en la comunión del matrimonio, en el que se vive el compromiso total y definitivo de toda la vida: la fuerza sexual-genital encuentra su pleno sentido en el matrimonio, que es —debe ser— un compartir en plenitud y madurez, siempre en crecimiento, todo lo que es cada uno de los esposos, al igual que comparten también todo lo que tienen en el orden material. La unión sexual es verdadera construcción de amor y comunidad, cuando se vive con toda la fuerza de interioridad de que es capaz.

Esta visión de la fuerza de la sexualidad debe ser completada

con la proyección que la sexualidad tiene en la procreación. La fuerza del amor es fecunda y da vida a una tercera persona: el hijo. Más aún, esta fecundidad intrínseca al mismo acto genital no consiste puramente en la procreación de una nueva vida: la paternidad es una responsabilidad que trasciende los nueve meses de gestación, ya que el hijo no podrá valerse por sí mismo en mucho tiempo hasta que reciba educación e independencia progresivas. Pero esta independencia y educación nunca llegará a cumplirse, si aquel mismo amor que es la base fundamental de toda procreación no sigue vivo, alimentando los progresos humanos del hijo y ofreciéndole un clima de apoyo y seguridad que sea fuerza de lanzamiento hacia la vida personal.

El amor es fecundo cuando busca salir de sí mismo, cuando es donación de la propia vida y no se cierra en la avaricia del propio egoísmo. El hijo es el signo más evidente de esta fecundidad: los dos esposos se encuentran así unidos de una forma nueva, en un nuevo ser que continúa las ilusiones y proyectos de sus vidas. El hijo —los hijos— tendrán su propia historia, y en ella avanzarán por caminos nuevos o, incluso, los crearán ellos mismos, gracias a las posibilidades que sus padres les hayan abierto. La fecundidad, por lo tanto, no queda enmarcada solamente en la procreación y en la educación de los hijos, sino que alcanza una dimensión más amplia, que afecta a la comunidad civil y, en el caso del creyente, también a la comunidad eclesial.

En primer lugar, el amor es fecundo en las dos personas que lo viven: el amor es donación y enriquecimiento del otro, a quien doy lo que tengo y, más aún, lo que soy. El que ama promueve en sí mismo todas sus potencialidades para poderlas ofrecer y entregar a quien ama. El amor es creador, busca siempre nuevos caminos para el encuentro con el otro, para la mutua felicidad y plenitud. Querer a otro es fomentar todas las posibilidades humanas de los dos y, consciente o inconscientemente —por supuesto, mucho mejor, conscientemente—, fomentar nuevas capacidades de fructificación en provecho también de los hombres con quienes compartimos la vida. Porque la pareja humana necesita de la comunidad en que vive, en todos los aspectos: culturales, económicos, sociales; ella, a su vez, ha de aportarle todo aquello que la misma comunidad necesita de sus miembros para que pueda crecer y renovarse constantemente para ofrecer a todos —especialmente a los más necesitados y menos capaces— condiciones de humanización y personalización.

Si aceptamos esta vinculación intrínseca, y siempre dinámica, entre la pareja y la comunidad, en dependencia mutua, entenderemos por qué el matrimonio, como compromiso interpersonal de las dos personas, esté vinculado también al compromiso con la comunidad, incluso con vinculación jurídica. La sociedad civil y la sociedad eclesial, como comunidades organizadas que son, han captado desde sus orígenes respectivos la necesidad de animar, defender y promover el matrimonio como hogar donde se vive y alimenta el amor, energía fundamental de la vida de la persona y, por ella, de la misma comunidad. Una concepción del matrimonio como hecho meramente individual, a dos, es la aceptación del empobrecimiento de la vida de la humanidad y, a la larga, su misma muerte.

Evidentemente, el hecho de que el amor sexual haya de ser fecundo en su realización más profunda no quiere decir que cada una de sus realizaciones concretas lo haya de ser. La fecundidad es una misión confiada a la persona y ha de ser ejercida con inteligencia y discernimiento de las propias posibilidades de la pareja, en todos los órdenes. No es aquí el momento de entrar a fondo en este tema, sino se trata solamente de situarlo en su verdadero contexto: la fecundidad vive en el amor y del amor; muere con el egoísmo.

§ 4. *Educación e integración de la sexualidad*

La integración de la sexualidad en la persona es una tarea de toda la vida, una tarea que, como es lógico, necesita su educación. El niño se hace hombre y la niña mujer mediante la aportación de sus padres, de su familia, de sus amigos y de su ambiente social-educacional.

La integración de la sexualidad es progresiva en la vida del hombre, dado que se va descubriendo su existencia y su significado a medida que el niño y la niña van creciendo y desarrollándose física y psicológicamente. Estudiar ahora, aunque sólo sea sumariamente, este proceso de desarrollo, y su consiguiente educación, podrá ayudarnos a comprender mejor algunos matices que hayan quedado incompletos a lo largo de nuestro estudio.

En el desarrollo de la sexualidad podríamos señalar tres etapas principales, a las que corresponderán las correlativas actitudes de los educadores: padres, familiares y maestros.

Primera: etapa infantil

A partir de sus actos más esenciales de comer y evacuar, el niño recién nacido va conociendo —experimentando— la sensación del placer, sin que pueda darle ningún sentido relacional al placer como tal, aunque se empiece a desarrollar paralelamente una relación afectiva con la madre y el padre.

El infante buscará el placer por sí mismo, por lo que tiene de experimental. No es capaz de más. Por tanto, toda represión de estas primeras experiencias —en los primeros años de infancia— podría correr el riesgo de crear fijaciones o tabúes. Lo mismo debe decirse de toda experiencia de violación.

A medida que empieza a desarrollarse en el niño el conocimiento de las relaciones entre los hombres, especialmente a través de las experiencias que vive en su propia familia, vgr., siempre que ocurre un nuevo nacimiento, debe irse enmarcando ya la relación vida-amor en su verdadero sentido.

Segunda: etapa puberal

En un estudio más detallado de la evolución del niño, dividiríamos esta etapa en otras tres —antepuberal, pubertad y postpuberal—, pero aquí hemos de contentarnos con algunos puntos fundamentales solamente, vistos en conjunto, para toda esta larga etapa de la adolescencia.

Este período de la vida del niño en su cambio hacia adulto señala el descubrimiento cada vez más pleno de la propia sexualidad en lo que tiene de corporal. Las primeras experiencias de la eyaculación nocturna en el niño —a no ser que hayan existido experiencias de iniciación sexual precoz— o las primeras reglas en la niña, cuando encuentran su verdadera explicación, suponen el descubrimiento de la propia capacidad de paternidad o maternidad y de la relación que esto supone con personas de otro sexo. La educación de esta etapa es la de iniciación a los misterios de la sexualidad, y su encuadre dentro del amor y de la verdadera relación interpersonal. Pero si el adolescente no vive en su propia familia el testimonio de una fecundidad nacida y alimentada por el amor de sus padres, le será difícil comprender qué quiere decir la necesidad de amar como exigencia previa de toda relación sexual. Por otra parte, las frecuentes experiencias

masturbatorias de este período —especialmente entre los varones— sólo podrán ser superadas sanamente en lo que tienen de malo: experimentar la potencia del propio cuerpo desligada de toda relación con el amor a otra persona, si el adolescente aprende a reconocer en la sexualidad una fuerza para entregarse a otra persona, y no sólo un placer para disfrutar narcisísticamente. Con todo, una educación basada en la represión voluntarista de tales prácticas no reportará más que daño en la fijación psicológica que la acompañará, fuente de la repetición de nuevos actos masturbatorios.

Tercera: etapa de maduración

La aceptación progresiva de la propia sexualidad, en todos sus aspectos y niveles, de su poder y sentido relacional como expresión de amor donativo y no posesivo, constituye el núcleo del desarrollo de esta etapa y su educación: etapa que, por otra parte, no concluye nunca. Característica de esta etapa es la evolución y maduración de la conciencia del propio yo y de la propia personalidad y, paralelamente, del tú y personalidad de los demás. La educación debe integrar aquí sexualidad y amor al otro en orden a la consecución de un "yo".

El proceso de educación de la persona y, en él, la integración de la fuerza sexual es un camino que debe llevar constantemente al crecimiento y maduración de la persona en la libertad interior, es decir, la persona no quede esclavizada a ninguna de sus fuerzas corporales o psíquicas, ni mucho menos a condicionamientos exteriores. La fuerza de la sexualidad es enorme, y si no se integra, puede quedar exterior al propio yo y esclavizarlo en una práctica contraria a la propia conciencia personal. No será necesariamente una situación responsable; a veces, será enfermiza incluso. Por ello, la educación puede ser tan definitiva en estos momentos. La capacidad de ser uno mismo, de poseerse en todos los sentidos, de saber y poder caminar en un sentido de la vida, constituye la realidad de la liberación interior.

Pero todo este proceso —en todos sus aspectos— exige una serie de renunciaciones a muchas de las necesidades espontáneas de los instintos y fuerzas sexuales. Más aún en el mundo de hoy, en el que la sexualidad está siendo reclamada continuamente por una propaganda comercializada en función del dinero y no del amor. La educación sana —esto hay que precisarlo claramen-

te— no reprime las fuerzas instintivas, que son o pueden ser en un momento determinado de la vida fuerzas constructivas del hombre y de la comunidad. La educación sana enseña y ayuda a no hacer servir estas fuerzas instintivas si todavía no existe la suficiente madurez para ello; madurez que consista en la posibilidad de hacerse cargo de todas las consecuencias que el uso de tales fuerzas comportan y, en concreto, de la posible paternidad y de la convivencia definitiva con otra persona, en una comunidad. El mismo cuerpo humano, cuya maduración sexual es también progresiva en el orden fisiológico, nos enseña que la capacidad física reproductora y fecunda va unida a una madurez concomitante psicológica: las primeras eyaculaciones de un púber son durante un tiempo estériles, ya que falta maduración y potencia a las células sexuales.

Todo ello indica que nos encontramos ante el problema de renuncia —que es muy distinta de represión— y de educación al dominio y maduración de uno mismo. Un dominio y maduración que conducen a la formación y práctica de una escala de valores compleja que ayude a la construcción de la propia persona, de la propia comunidad, y no a su destrucción. El amor, como compromiso libre que persigue constantemente la felicidad de una plenitud mayor, no puede quedar “libre”, si tal libertad y liberación significa falta de compromiso, despersonalización; en una palabra, prostitución, venta. Tal despersonalización es la muerte del amor verdadero. El amor tiene unas reglas vitales que no se pueden frustrar. La Psicología profunda da testimonio de ello. Amor es don y no posesión egoísta; integración y no dispersión; contenido interior y no pura superficialidad corporal; ternura e imaginación frente a insensibilidad y rutina; fidelidad y totalidad frente a inconstancia y parcialidad. El amor vive siempre abierto, buscando el MAS y mejor de la vida. No podemos defraudarlo sin pagar las consecuencias.

El problema para muchos padres y educadores se presenta cuando este sentido del amor y de la vida no solamente no es compartido por los hijos, sino que, además, es explícitamente contestado. La imaginación y la constancia deben entonces ponerse al servicio de la pedagogía para intentar conseguir que el adolescente consiga —por sí mismo y sin imposiciones contraproducentes— abrirse a una mentalidad distinta de la propia y, después de abrirse, comprenderla y vivirla.

§ 5. *Visión cristiana*

Concluir con este apartado no quiere ser “añadir” algo diferente, como si Cristo no hubiera asumido toda esta antropología. Cristo ha enseñado que el sentido de la vida del hombre es el amor, y lo ha hecho con una profundidad definitiva, ya que en El se halla la definitiva Verdad. Hablar de visión cristiana en el amor y en el matrimonio quiere decir llevar a sus últimas consecuencias lo dicho hasta aquí, guiados en adelante por la palabra explícita revelada por el Señor. Así completamos también lo dicho en la introducción sobre el amor universal.

Nos dice San Juan que “el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios porque Dios es amor”⁶. De la fuente original de la vida —que es el Amor— nace a su “imagen y semejanza” una creatura, el hombre, cuya fuerza más esencial será también el amor, amor inteligente, dinámico, que solamente se saciará en el encuentro con aquel Amor Definitivo e Infinito. El camino de la vida es amar.

Por eso, cuando el Amor se hace carne y se llama Jesús y nos quiere descubrir el camino fundamental de nuestra vida humana, nos da “su mandamiento”, que no es más que el camino para alcanzar la felicidad, el camino de la realización del hombre como persona y como comunidad: “que os améis los unos a los otros como yo os he amado”⁷. Pero el sentido de este amor, nos lo recuerda San Juan en su Evangelio y en su primera carta, es el sentido de la entrega: como el Padre ha entregado a su Hijo Unigénito para que el hombre viva por él, así el Hijo entrega su vida como la señal del mayor amor.

Pablo entendió también así el misterio de la Alianza entre Dios Padre y el hombre, el misterio de Cristo y su Iglesia. Por ello, cuando quiere presentar al hombre una meta ideal para la realización del matrimonio, no encuentra otra mejor que el amor indefectible de Cristo a su Esposa, la Iglesia: “la amó y se entregó por ella para santificarla”⁸. El matrimonio del cristiano se hace “en el Señor”⁹; es decir, tiene una fuerza dinámica, un Espíritu, que lo lleva a realizarse según el modelo que le ha

⁶ 1 Ju 4,7-8.

⁷ Ju 15,12.

⁸ Ef 5,25.

⁹ 1 Co 7,39.

dato Jesús mismo. En el camino que el hombre debe recorrer, su debilidad es superada gracias precisamente a la presencia del Espíritu en nuestros corazones; ésta es nuestra esperanza en el camino de nuestra vocación.

El camino señalado no es fácil; la maduración del hombre como persona y su integración sexual exigen renunciaciones, aunque comportan también momentos de profunda felicidad. Cuando el hombre experimenta su limitación y flojedad, vienen a la memoria las palabras de Pablo a los romanos para dar confianza a nuestro caminar: "nuestra esperanza no quedará confundida porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha sido dado"¹⁰.

IGNACIO SALVAT, S.J.

San Cugat del Vallés (Barcelona)

¹⁰ Ro 5,5.